

“Nuevos mapas de esperanza para la educación católica en el siglo XXI”

S.E. José Tolentino Card. de Mendonça

Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación

Universidad Católica de Ávila, Ávila, 21 de enero de 2026

Excelentísimo Gran Canciller y Obispo de Ávila, Mons. Jesús Rico García; Eminentísimo Cardenal Ricardo Blázquez Pérez; Excelentísima Rectora Magnífica, M^a del Rosario Sáez Yuguero. Respetable Presidenta del Consejo Directivo de la UCAV, Dña. Lydia Jiménez González; Excelencias Reverendísimas; Distinguidas Autoridades civiles; Ilustres Rectoras y Rectores; Muy estimados profesores. Amigos todos.

Con grande regocijo me dirijo a vosotros en este día. A todos mi profunda gratitud y mi sincero reconocimiento por labor que realizáis, con pasión y esmero, en el campo de la educación. Gracias también por vuestro trabajo científico y eclesial. Las palabras que os dirigiré a continuación, sirvan de impulso y aliento para seguir adelante.

Introducción

En el marco del pasado Jubileo del Mundo Educativo, con ocasión del sexagésimo aniversario de la declaración conciliar *Gravissimum educationis*, el Papa León XIV publicó la Carta Apostólica “Diseñar nuevos mapas de esperanza”, la cual, podemos decir que, junto con los discursos que también dirigió a los estudiantes y a los educadores en dicho Jubileo, representa la primera “cartografía” de su Magisterio en cuanto a la educación se refiere. Por esta razón, permitidme la libertad de hacer referencia constantemente a ella en el transcurso de mi intervención, recordando que, como sucede con todo mapa, su lectura atenta y su consideración meditada, constituyen valiosas herramientas al momento de la orientación, la planificación y la toma de decisiones estratégicas.

1. La educación católica: una obra coral

La Universidad Católica Santa Teresa de Jesús de Ávila tiene treinta años. Es joven. Pero se basa en una historia, la historia de la idea de las universidades tiene más de mil años. Ciertamente, como instituciones, representan un caso notable de longevidad temporal, revelándose como referentes incomparables de servicio a la persona humana y a la sociedad, un motor de conocimiento e innovación. Sin embargo, ofrecen la experiencia de un itinerario que nace de la búsqueda común del conocimiento de la verdad, este conocimiento que es clave para la realización integral de la persona humana. Un conocimiento que no es sólo conceptual, sino que permite a cada uno profundizar en su propio ser; un conocimiento que no es sólo técnico o que se limita a un aspecto de las ciencias, sino que se abre al horizonte de la trascendencia y del sentido. Como escribió Santa Teresa, «es cosa tan importante ese conocernos... Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios» (1 Moradas, 2. 8).

Que la Universidad sea, por tanto, un espacio en donde cada uno encuentre condiciones favorables para desarrollar su singularidad, convirtiéndose en protagonista de su propia vocación y misión, pero también, que constituya un extraordinario y polifónico entrelazamiento de diálogos que, en unidad, conduzcan al conocimiento de la Verdad plena (cf. Jn 16,13). No sólo de las cuestiones penúltimas, sino asumiendo la tarea y el coraje de afrontar las cuestiones últimas. En efecto, «la universidad y la escuela católica –afirma el Papa León XIV– son lugares donde las preguntas no se silencian y la duda no se prohíbe, sino que se acompaña. Allí, el corazón dialoga con el corazón, y el método es el de la escucha que reconoce al otro como un bien, no como una amenaza»¹.

Este carácter dialógico distintivo no se revela sólo en la definición de su propio método o en el acto de llevar a cabo su misión, sino, ante todo, es intrínseco a la etimología del nombre que le da origen. En efecto, en el término latino *universitas*, se encuentra presente la centralidad del diálogo y se identifica la tarea

¹ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 3.1.

de poner bajo esa actitud a las distintas disciplinas del conocimiento y a las personas que lo aman. Así lo subraya el *incipit* de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, cuando recuerda que la universidad nació de la corporación de profesores y de sus alumnos «libremente unidos en el mismo amor al conocimiento». Y así mismo lo reafirma el Santo Padre cuando, en la Carta Apostólica que al inicio hemos mencionado, señala que «la educación cristiana es una obra coral: nadie educa solo. La comunidad educativa es un «nosotros» en el que el docente, el estudiante, la familia, el personal administrativo y de servicio, los pastores y la sociedad civil convergen para generar vida»². [Pues] «la verdad se busca en comunidad»³.

2. El verdadero valor de la educación: la persona humana

Entonces... ¿cuál es realmente el ADN de nuestras universidades católicas? ¿En dónde reside el verdadero valor de la educación? Aunque si bien es cierto que, para tener una idea más o menos tangible de la calidad de una universidad y de su educación, existen los rankings y las agencias que las evalúan, sin embargo, debemos tener el valor de reconocer que eso no es suficiente, ni lo más importante. Sino que, como lo recuerda el Papa León, «la educación no mide su valor solo en función de la eficiencia: lo mide en función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común. Esta visión antropológica integral debe seguir siendo el eje central de la pedagogía católica»⁴.

La educación católica en el siglo XXI debe, por tanto, «abrir a toda la persona: espiritual, intelectual, afectiva, social, corporal. Y no oponer lo manual y lo teórico, la ciencia y el humanismo, la técnica y la conciencia; sino que, más bien, la profesionalidad ha de estar impregnada de ética, y la ética no convertirla en una palabra abstracta, sino en una práctica cotidiana»⁵. Haciendo así, la

² LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 3.1.

³ *Ibid.*, n. 3.2.

⁴ *Ibid.*, n. 4.2.

⁵ Cf. *Ibid.*

educación católica será mayormente en grado de responder al apelo que ya San Juan Pablo II hacía en innumerables ocasiones, y que hoy, más que nunca, continúa siendo actual y particularmente urgente. Decía el Papa: «Es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. Solamente así servirá a la causa del hombre, si el saber está unido a la conciencia. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad sólo si conservan “el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre”»⁶.

Por este motivo, y no en vano ni por mera coincidencia, en el Pacto Educativo Global que el Papa Francisco lanzó –y que el Papa León ha retomado– la primera vía que ahí se nos propone como compromiso fundamental en el campo de la educación es, precisamente, «poner en el centro a la persona»⁷. Y también por ello, en la Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de Esperanza* del Papa León, existe todo un apartado dedicado para hablar de la centralidad de ella: «Poner a la persona en el centro significa educar en la mirada larga de Abraham (*Gn 15,5*): hacerles descubrir el sentido de la vida, la dignidad inalienable, la responsabilidad hacia los demás. La educación no es solo transmisión de contenidos, sino aprendizaje de virtudes».⁸

3. Educación, tradición e innovación

En este sentido, al hablar de la educación, en el último número de la Carta Apostólica que nos ocupa, el Santo Padre hace un apelo a las comunidades educativas, exhortándolas a «desarmar las palabras, levantar la mirada y custodiar el corazón»⁹ y, ante la vertiginosidad con la que el mundo cambia, les hace una petición muy puntual. Dice el Papa: «La historia nos interpela con nueva urgencia

⁶ JUAN PABLO II, *Discurso a la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura – UNESCO*, n. 22; Cf. *Redemptor hominis*, n. 16; Cf. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 1979, n. 4.

⁷ FRANCISCO, *Pacto Educativo Global. Vademedum*, 12 de septiembre de 2019.

⁸ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 5.1.

⁹ Cf. *Ibid*, n. 11.2.

[...] No basta con conservar: es necesario relanzar. Pido a todas las realidades educativas que inauguren una etapa que hable al corazón de las nuevas generaciones»¹⁰.

«Educar es una tarea de amor que se transmite de generación en generación»¹¹, pero a la vez, «educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad»¹². Tradición e innovación es, pues, un binomio que hoy, en todas nuestras Universidades, escuelas y centros educativos, tenemos que saber conjugar con gran premura y diligencia. Por una parte, la tradición constituye la base sólida para el futuro. Ofrece la estabilidad y la continuidad que hace posible el cambio y la transformación, y da un sentido de identidad en medio de la rápida aceleración y la fluidez de la mutación. La innovación, por su parte, en el proceso de introducir nuevas ideas, nuevos métodos, procesos o tecnologías, ayuda a mejorar las prácticas existentes. Su importancia radica en que, sin ella, la tradición corre el riesgo de no lograr comunicar con el «corazón de las nuevas generaciones», como lo pide el Santo Padre, y como vemos que lo requiere el mundo actual.

En uno de sus primeros encuentros que sostuvo con representantes del mundo educativo, el Papa León les hizo tres preguntas, las cuales hoy, con motivo del tema que estamos abordando, yo quisiera retomar y proponéroslas también a vosotros. El Papa les preguntó: «¿Cuáles son, en el mundo juvenil de nuestros días, los retos más urgentes que hay que afrontar? ¿Qué valores hay que promover? ¿Con qué recursos se puede contar?»¹³. Sin duda que las respuestas a estas interrogantes serán muchas y muy diversas, sin embargo, con la ayuda del Magisterio del mismo Santo Padre, yo quisiera ofreceros un par de respuestas.

A la pregunta «¿con qué recursos se puede contar?» podemos responder diciendo, por ejemplo, que uno de los recursos importantes con el que hoy

¹⁰ *Ibid.*, n. 10.2.

¹¹ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 3.2.

¹² Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrumentum laboris. Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva* (7 de abril de 2014), Introducción.

¹³ LEÓN XIV, *Discurso a los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, 15 de mayo de 2025.

contamos y que, sin duda, no podemos, ni debemos ignorar, es todo lo que se refiere al mundo digital, las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial. Su presencia y su impacto en la vida del hombre es tal, que –sin temor a equivocarnos– podemos afirmar que “forman parte ya de nuestra vida”. Vivimos tiempos en donde la historia ya no se escribe en papel, sino en pantallas; donde los cambios no tardan ya décadas, sino días, incluso, horas. La información y los cambios avanzan de forma más acelerada que nuestras mismas instituciones educativas. Ante esta realidad, nuestras universidades, nuestras escuelas y organizaciones, nuestros institutos y centros educativos no deben temer a la tecnología. Debemos comprenderla, aprovecharla, pero, sobre todo, humanizarla. La inteligencia artificial podrá escribir respuestas y ofrecer soluciones, pero solo nosotros podemos y debemos darles sentido. Por eso tenemos que tener claro el centro y, ciertamente, nuestra actitud hacia la tecnología nunca puede ser hostil o de rechazo, porque «el progreso tecnológico forma parte del plan de Dios para la creación»¹⁴.

De esto se deriva, entonces, el hecho de que el mismo Papa León, con sensibilidad contemporánea y visión profética, haya querido incluir como una de las prioridades dentro del Pacto Educativo Global propuesto por el Papa Francisco, el mundo de lo digital en relación con lo humano. Cito al Papa León: «A las siete vías agrego tres prioridades. [...] La segunda se refiere a lo digital humano: formemos en el uso sabio de las tecnologías y la IA, colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica».¹⁵ Pues «las tecnologías –continúa afirmando el Santo Padre– deben servir a la persona, no sustituirla; deben enriquecer el proceso de aprendizaje, no empobrecer las relaciones y las comunidades».¹⁶ Ya que «solo adoptando un enfoque educativo, ético y

¹⁴ DICASTERIO PARA LA DOCTRINA DE LA FE Y DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN, Nota *Antiqua et nova* (28 de enero de 2025), n. 117.

¹⁵ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 10.3.

¹⁶ *Ibid.* n. 9.1.

responsable podremos garantizar que la inteligencia artificial sea un aliado, y no una amenaza».¹⁷ Pues, en definitiva, «el punto clave no es la tecnología, en sí, sino el uso que hacemos de ella».¹⁸

Así pues, cuanto más grande y apremiante es el apelo a la innovación, tanto más urgente y necesaria se vuelve la profundización en el sentido de lo que somos, de nuestra vocación y misión, de nuestras raíces. Y es aquí, en donde os propongo la segunda respuesta a otra de las interrogantes hechas por el Santo Padre. A la pregunta ¿qué valores hay que promover? Una respuesta sintética, la interioridad.

La fidelidad a nuestra identidad nos pide que permanezcamos en la sabiduría de la escucha. Pienso en las palabras de ese extraordinario maestro de la vida interior que es San Juan de la Cruz:

«Estava tan embebido
tan absorto y ajenado
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo
toda sciencia trascendiendo».

«Embebido, absorto... el espíritu dotado de un entender». La escucha es una pedagogía de intimidad con Áquel que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Nuestro origen, nuestra razón de ser y nuestro seguro proceder, se encuentran en la escucha de la palabra del Maestro. Por ello, en el discurso que el Papa dirigió a los educadores en el Jubileo del Mundo Educativo, al enumerar los cuatro aspectos que considera fundamentales para la educación católica, el primero que menciona –antes de la unidad, el amor y la alegría– es la interioridad. Y, al profundizar en ella, el Santo Padre afirma categóricamente: «es un error pensar que para enseñar son suficientes palabras bonitas o aulas escolares en buen

¹⁷ LEÓN XIV, *Discurso a los participantes en la Conferencia “La dignidad de los niños y adolescentes en la era de la inteligencia artificial”*, Sala Clementina, 13 de noviembre de 2025.

¹⁸ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 9.3.

estado, laboratorios o bibliotecas. Estos son sólo medios y espacios físicos, ciertamente útiles, pero el Maestro está dentro. La verdad no circula a través de sonidos, muros y pasillos, sino en el encuentro profundo entre las personas, sin el cual, cualquier propuesta educativa, está destinada al fracaso»¹⁹.

Necesidad de interioridad para los estudiantes, quienes al vivir inmersos en un mundo “hiper-tecnologizado” e “hiper-conectado”, pueden verse «dominados por pantallas y filtros tecnológicos»²⁰, más deseosos de “conectarse” con el exterior que con el interior. Pero también, necesidad de interioridad para los educadores quienes «con frecuencia cansados y sobrecargados de tareas burocráticas, corren el riesgo real de olvidar lo que san John Henry Newman sintetizaba con la expresión *cor ad cor loquitur* –“el corazón habla al corazón”–, y que san Agustín recomendaba diciendo: «No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (*De vera religione*, 39, 72)».²¹

Necesario será, por tanto, saber encontrar momentos de silencio y meditación, no sólo para la oración y la contemplación, sino también para reflexionar sobre la propia existencia. Solo a través de este paso de introspección, la luz de la Verdad abrirá una brecha en medio de la oscuridad de la apatía y la indiferencia, acabando con el «predominio de ritmos y estilos de vida en los que no hay suficiente espacio para la escucha, la reflexión y el diálogo»²². Por eso es tan importante la pastoral universitaria y el diálogo fe y razón.

4. La pedagogía por excelencia en la educación: el testimonio

Amigos todos, llegando al final de mi intervención, quisiera hacer alusión a un texto del evangelio de san Mateo, para extraer de él una última reflexión.

¹⁹ LEÓN XIV, *Discurso a los Educadores con motivo del Jubileo del Mundo Educativo*, Plaza de San Pedro, 31 de octubre de 2025.

²⁰ LEÓN XIV, *Discurso a los Educadores con motivo del Jubileo del Mundo Educativo*, Plaza de San Pedro, 31 de octubre de 2025.

²¹ *Ibid.*

²² LEÓN XIV, *Discurso a los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, 15 de mayo de 2025.

En los versículos finales con los que el evangelista concluye su obra, el autor nos refiere las últimas palabras que Jesús dirigió a los discípulos antes de subir al cielo: «Vayan y hagan discípulos a todos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado» (Mt 28,19-20a). Estas palabras del Señor, además de ser un testamento espiritual, son una misión que los discípulos están llamados a acoger y cumplir, y que, por tanto, se convierten en un itinerario de vida para todos aquellos que se consideren seguidores suyos. Esta es la razón por la que, en su misión evangelizadora, la Iglesia tiene como parte inherente de su labor el deber educativo, un deber del cual no puede sustraerse o desentenderse, a menos que no quiera ser fiel a la voluntad de su divino Maestro.

En la locución con la cual Mateo expresa el mandato del Señor de “enseñar” a los otros, es importante notar que el uso lingüístico que él y los demás evangelistas hacen de ese verbo, se asemeja al sentido y al significado que tiene en el ambiente rabínico, es decir, *didásko* “enseñar”, no significa únicamente la formación intelectual o de las capacidades y habilidades, sino también, y, sobre todo, hace referencia a la educación de la vida. Esta afirmación la podemos constatar cuando contemplamos el actuar de Jesús, quien, durante su ministerio, fundamentó la mayor parte de su atención en la formación del discipulado. De hecho, de acuerdo con las costumbres de aquella época, el discípulo seguía al maestro y se iba a vivir con él, para aprender no solo de sus palabras, sino principalmente de su conducta.

El testimonio de vida es, pues, la pedagogía por excelencia. Es la mejor y más poderosa herramienta de la cual disponemos al momento de educar a quienes se nos confía. Y es que, ahí donde las palabras frías y los conceptos áridos no alcanzan, o donde las teorías impasibles resultan insuficientes, ahí contamos con el ardor del testimonio de vida. «La universidad católica –decía el Papa Francisco– es custodia del fuego [del saber] y, por tanto, puede transmitirlo. Y la única manera de hacerlo es por contacto, es decir, a través del testimonio personal

y comunitario, pues, incluso, antes de transmitir lo que uno sabe, se enciende el fuego, primero, compartiendo lo que uno es».²³ Mientras que el Papa León insiste: «La escuela católica es un ambiente en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción. Los educadores están llamados a una responsabilidad que va más allá del contrato de trabajo: su testimonio vale tanto como su lección».²⁴

Así pues, si queremos ser creíbles, puntos de referencia, auténticos educadores y evangelizadores, las acciones de nuestra vida han de estar alineadas y en consonancia con los mensajes que transmitimos. De no ser así, si nuestro actuar global no es acorde con lo que enseñamos, nadie creerá realmente en nosotros, ni en nuestro mensaje. Decía el Papa San Pablo VI: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan [...], o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio»²⁵.

Conclusión

Por todo lo anterior, que abunde el buen ejemplo entre nosotros y predominen las buenas obras, ya que la labor que tenemos entre manos «reviste un significado cultural y religioso de vital importancia, pues concierne al futuro mismo de la humanidad»²⁶.

¡Enhorabuena a todos! y con la ayuda de la cultura y la educación, a través de acciones concretas, unámonos al camino de la fraternidad universal y de la reconciliación con el mundo que nos alberga, y embellezcámoslo con nuestro propio aporte²⁷, el cual, indudablemente, es valioso y necesario. Y como lo pide el Papa León: «Desarmemos las palabras, levantemos la mirada y custodiemos el

²³ FRANCISCO, *Videomensaje a la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán*, 19 de diciembre de 2021.

²⁴ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 5.2.

²⁵ Cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, n. 41.

²⁶ JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, Roma, 15 de agosto de 1990, Conclusión.

²⁷ Cfr. FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Laudate Deum*, n. 69.

corazón».²⁸ ¡No tengamos miedo de mirar más allá de las nubes y diseñar nuevas visiones del mundo! ¡Nuevos mapas de esperanza para la educación! Pues, nuestra meta es ser una constelación que no solamente brille, sino que oriente «hacia la verdad que libera (cf. Jn 8, 32), hacia la fraternidad que consolida la justicia (cf. Mt 23, 8), hacia la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5, 5)».²⁹ Y en este jubileo de San Juan de la Cruz, recordemos sus palabras también como un desafío para nuestras universidades católicas, ya que la esperanza «tanto alcanza cuanto espera».

¡Muchas gracias!

²⁸ Cf. LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 11.2.

²⁹ *Ibid.*, n. 11.3.